

“Vivo y coleando”

Alejandro Kirk LN 17 de diciembre de 2006

La conclusión del mundo tras una semana dramática es que hay un monstruo merodeando en Chile. Pinochet fue un auténtico profesor mundial. ¿Fue un simple cobarde o un creyente frustrado? De él aprendió el resto del planeta a formular una dieta equilibrada de democracia, partidos, pueblo y militares.



El Presidente Jimmy Carter le concedió una corta audiencia cuando viajó a Washington con motivo de la firma del Tratado de Panamá.

El pasado se paseó por estas calles de manera brutal esta semana. De nada valieron los rascacielos y autopistas que nos separan de aquella triste “ciudad acorralada” de 1973: el martes 12, a las 11 de la mañana se contrastaron la misma estética, los mismos miedos, el mismo sadomasoquismo, cuya dimensión captaron en plenitud los atónitos corresponsales extranjeros.

En la Plaza de la Constitución se “celebraba” de manera más bien dramática la muerte del sádico, con banderas y consignas sacadas de no sé qué baúl, mientras las huellas de bala que aun adornan como sarampión el ministerio de Hacienda graficaban la herida abierta en 1973.

Simultáneamente, en el acto político-militar celebrado en Las Condes, resurgía aquel mismo odio virulento que hizo comprender a todos, especialmente fuera de Chile, que el pinochetismo “está vivo y coleando”, como comentó el vicepresidente de Venezuela, José Vicente Rangel.

Atónitos estaban los corresponsales no sólo por las 60 mil personas acongojadas y furiosas que fueron a rendir homenaje al dictador, sino, y sobre todo, por la pompa prusiana que, reglamentaria o no, sólo podía indicar una decisión política, manifestada en la admisión de partidarios del régimen militar en una ceremonia anunciada como exclusivamente castrense.

Militares y revoluciones

Cuando en la mañana del 25 de abril de 1974 un movimiento militar acabó con 47 años de dictadura fascista en Portugal, sus jóvenes oficiales y soldados, agazapados frente a la débil resistencia del régimen, se sorprendieron al reparar que a sus espaldas se aglomeraban multitudes expectantes y alegres, sin temor a las balas. Ellos, gente que andaba por ahí, que oyó la radio, se sumaron al golpe y se convirtieron en el “muro de acero” que intimidó a las tropas dictatoriales.

Una vendedora de flores comprendió que ese día de primavera no habría negocio y empezó a repartir sus claveles rojos entre los soldados, quienes los ponían en la punta de sus fusiles, creando así un símbolo potente de paz armada.

Otelo Saraiva de Carvalho, un mayor de ejército que luego sería símbolo del ala más radical de ese movimiento militar, confesaría 25 años después que su verdadero propósito ese día, tras la rápida victoria, era volver a su casa y después de un buen sueño, al cuartel. Pero cuando manejaba vio una muchedumbre agolpada frente a una cárcel repleta de prisioneros políticos, y se unió a ella, armado y en uniforme, cambiando así su vida, de jefe militar a líder revolucionario. Ese día comprendió, dijo, que se había desatado algo que no estaba en los planes de la conspiración: el protagonismo popular, las demandas espontáneas y masivas de democracia, igualdad y justicia. El golpe pasó así a ser una revolución.

No es precisamente el escenario que vivieron Augusto Pinochet Ugarte y las fuerzas armadas de Chile el 11 de septiembre de 1973.

El contraste no es banal, ni pretende insinuar que el golpe de 1973 fue una acción sin respaldo ciudadano. Pero el respaldo de Pinochet fue siempre el mismo que fue a llorar su muerte esta semana: incondicional, pero bien protegido por las armas públicas. No aquel otro ingenuo y sencillo, a pecho descubierto, del hambriento que ve un pedazo de pan y que transformó la vida de una generación de oficiales portugueses.

Venezuela

En febrero de 1992 el teniente coronel Hugo Chávez se alzó contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez y, tras fracasar, asumió en público, y en el mismo instante, la responsabilidad total por lo ocurrido. Ese hecho, ya novedoso para un golpista, fue sucedido por otro acontecimiento aun más sorprendente: los soldados y oficiales rebeldes en fuga fueron protegidos por los vecinos de la barriada popular aledaña al palacio de Gobierno, quienes les lanzaban por las ventanas ropas civiles y los escondían en sus casas. Visto y oído por quien escribe estas líneas en las colinas del inmenso barrio 23 de Enero de Caracas.

Si algún milagro político-divino hubiese derrotado el golpe de Pinochet en 1973, ¿habrían ido los golpistas chilenos a buscar asilo en las calles de la población La Victoria o la José María Caro?

En 2004, pocos meses antes de morir, el general Vasco Goncalves (primer ministro de Portugal en el periodo 1974-75) dijo en una entrevista que el gobierno de Chávez en Venezuela vive riesgos parecidos al de Salvador Allende en Chile, por intentar una “vía pacífica al socialismo”.

“Sí, Chile, claro que sí! Por eso mismo nadie puede decir que está consolidada la vía pacífica e institucional de transición para el socialismo en Venezuela”, dijo Goncalves a la publicación digital Rebelión.org.

“Quien está fuera como yo, tiene la impresión que esta revolución en Venezuela avanza, que tiene cada vez más apoyo social. Pasan cosas que también sucedieron en Portugal, como la acción de los militares en la población, las campañas de dinamización cultural del pueblo hechas por los militares. En Venezuela los militares están muy comprometidos”.

El vicepresidente Rangel, dijo en una ocasión a LND que Chávez sería invencible mientras mantuviese, además del petróleo, el apoyo popular y de los militares, “la gran lección de Chile”.

Italia

La lección más conocida de la experiencia chilena se produjo en Italia, casi inmediatamente después del golpe. El líder comunista Enrico Berlinguer desarrolló entonces la estrategia del “compromiso histórico” entre la izquierda y el centro, representado allá, como aquí, por la Democracia Cristiana, al comprender que la izquierda, incluso milagrosamente unida, no sería nunca capaz de desarrollar sola un programa de cambio en un país occidental.

El líder DC Aldo Moro recogió el guante de Berlinguer, y se inició un diálogo político entre dos fuerzas que representaban más de 70 por ciento del electorado italiano. Ambos líderes parecían determinados a romper la camisa de fuerza que los identificaba a ambos no con el pueblo italiano, sino con los intereses de la Unión Soviética y de Estados Unidos.

En 1978 esta perspectiva se interrumpió violentamente cuando un grupo de ultraizquierda secuestró y asesinó a Aldo Moro, dejando como símbolo su cadáver en una callejuela del centro histórico de Roma, a pasos tanto de la sede DC como del PCI. Los años nunca han develado completamente la siniestra trama que precedió el secuestro, en que se ha conocido la participación activa de los servicios secretos de siempre, para asegurarse de que Moro jamás regresara con vida de su cautiverio.

La muerte de Aldo Moro devolvió la conducción de la DC a los guerreros anticomunistas encabezados por Giulio Andreotti, y la posibilidad de una alianza histórica que hubiese dado estabilidad política e independencia a Italia, se esfumó hasta que el sistema de gobierno basado en el clientelismo y las corruptelas se cayó por su propio peso, en 1991, cuando el fin de la guerra fría lo hizo innecesario.

Sadismo, democracia y propiedad

En La Nación escribió en días pasados Sergio Muñoz Riveros un argumento convertido últimamente en clásico: los verdaderos culpables de la tragedia chilena fueron sus propias víctimas, que no supieron defender la democracia, porque en realidad no creían en ella.

“El Gobierno de la Unidad Popular sembró vientos y cosechó tempestades”, sentencia Muñoz.

Es posible. Aunque el argumento recuerda aquel tantas veces esgrimido en la justicia, de que la chica violada es culpable de su propia violación, por usar minifalda.

Pero ¿puede una discusión sobre la democracia realizarse en términos puramente culturales y políticos? Muñoz dice que “si la izquierda de aquel tiempo ponía en entredicho el derecho de propiedad, era inevitable que los propietarios decidieran defenderse con todos los recursos a su alcance, legítimos e ilegítimos.” Si, en cambio, la izquierda no hubiese nacionalizado empresas ni expropiado tierras, nada hubiese ocurrido.

La caída del comunismo en Europa oriental, destaca el filósofo y psicólogo esloveno Slavoj Žižek, es “la demostración última de la tesis marxista más ‘vulgar’ del hecho de que la base económica real del orden democrático reside en la propiedad privada de los medios de producción, o sea, en el capitalismo con sus diferencias de clase”.

“Con la introducción de regímenes democráticos en Europa oriental, la tarea más urgente fue la de ‘privatizar’ el esfuerzo frenético de encontrar –a cualquier costo y

de cualquier modo – nuevos propietarios”, dice Zizek en su libro “Trece veces Lenin”.

En América Latina el experimento fallido del neoliberalismo ha hecho surgir proyectos democráticos de pelaje diverso, que tienen sin embargo como matriz común la redistribución de la riqueza y la reintroducción del Estado como agente de dinamización económica. O sea, se vuelve a poner en duda el sistema de propiedad de los medios de producción y reaparece el desprestigiado capitalismo de Estado. Y con ello, las amenazas y los golpes de Estado.

Como muchos otros personajes malévolos de la historia -Hitler por ejemplo- Pinochet no era otra cosa que lo que se ha descrito siempre: un militar mediocre, de ideas elementales, aficionado a los causeos, a jugar cacho, a contar chistes picantes.

Pero eso no puede ser todo. El apagado, el chupamedias Pinochet se convirtió en diablo de la noche a la mañana. Símbolo mundial del mal. Las grabaciones lo delatan eufórico en la mañana del 11 de septiembre, al mando, ordenando alegremente arrestos y fusilamientos.

Zizek advierte en este tipo de comportamiento, y en general en la violencia desatada en aquel período, la furia ante la “promesa incumplida”, mayoritaria en Chile hasta 1970, de una sociedad más justa y más democrática, en que la palabra socialismo atravesaba toda la pradera política desde la DC hasta el MIR.

Según cuentan los dirigentes de la época, Pinochet se desvivía por demostrar que la cercanía con Allende había cambiado su forma de pensar, estructurada por un ejército dedicado al anticomunismo. ¿Sería cierto? Visto con otros ojos, ¿no pudo ser este despertar monstruoso de Pinochet tanto la asunción plena de su cobardía como la ira de la frustración? Al traicionar a Allende y a su amigo José Tohá, posiblemente Pinochet se traicionó a si mismo, y como muchos otros traidores del tipo Miguel Estay (“el Fanta”), se entregó al sadismo.

Patriotismo y guerra

En el acto de homenaje a Allende en la Plaza de la Constitución, el abogado Raul Gutiérrez y el presidente del PC, Guillermo Teillier, se hicieron cargo del fantasma que salió de la caja de Pandora abierta por los funerales de Pinochet y que la periodista Patricia Verdugo se había planteado pocos días antes de la muerte del dictador en un artículo titulado “¿Quién manda al Ejército?”.

“¿Qué cree usted que van a pensar los jóvenes cadetes de la Escuela Militar si participan en honores militares para el general Pinochet? Respuesta: que todo lo que hizo quien está en el féretro estuvo bien. Y mañana, siendo generales, pueden repetir esas acciones”, escribió Verdugo en La Nación

El abogado Gutiérrez estimó que el funeral que se desarrollaba en la Escuela Militar era la evidencia de que el Ejército es en realidad “un grupo armado al servicio de una minoría”, mientras Teillier reivindicaba el derecho de los chilenos a decidir qué tipo de ejército y de doctrina militar quieren para el país.

Quien haya estado aunque sea brevemente en el Ejército, sabe bien que desde el primer día el “reclutón” debe entender que dejó atrás aquel mundo despreciable de los civiles, los “paisanos”. Que se incorporó a una casta de gente leal, noble y dura, la encarnación de los símbolos y los valores de la patria.

En ese espíritu, es fácil comprender por qué los militares y los civiles comunes -no los empresarios ni los líderes, sino alguien como usted o yo- casi nunca se

encuentran. Ellos viven aparte, se divierten aparte, tienen sus casas, poblaciones, hospitales, clubes y escuelas, todo aparte, y esto forma parte de una doctrina.

El general Vasco Goncalves relata en sus memorias que en las inútiles guerras coloniales africanas de Portugal, los oficiales profesionales entraron en contacto con una masa de soldados y oficiales asimilados, gente que venía de las universidades, que comenzó a cuestionar aquellas guerras, y el régimen que las producía. Allí se inició el germen del movimiento militar democrático que se fundió con la gente en Lisboa el 25 de abril de 1974.

Algo así pudo, hipotéticamente, pasar en Chile. Por ejemplo, si hubiese estallado la guerra con Argentina en 1978. Es perfectamente lícito pensar que en esa guerra no sólo se hubiesen desangrado los dos países, sino que también hubiesen caído las dos dictaduras. La de Argentina, al menos, se derrumbó en 1982 cuando su ejército se demostró incapaz de mantener una sola batalla contra los británicos en las islas Malvinas.

Una segunda oportunidad - totalmente imposible - hubiese sido la incorporación en democracia a las fuerzas armadas de los más de 400 oficiales chilenos formados en las escuelas militares de Cuba y del Pacto de Varsovia en todas las especialidades, algunos con cursos de Estado Mayor. A nadie, ni a ellos mismos, se le pasó por la cabeza que esta pequeña legión con experiencia de combate en guerras modernas - Nicaragua, Angola, Vietnam, Etiopía- podría haber revitalizado profesionalmente a un ejército cuya última batalla verdadera tuvo lugar hace más de 120 años.

“El pueblo es al ejército lo que el mar al pez”, escribió el líder chino Mao Zedong (Mao Tse Tung), para marcar la distancia entre sus tropas y las del Kuomintang, durante la guerra revolucionaria que culminó en 1949 con la formación de la República Popular China. Máxima que aplicó con rigor inflexible la dirección político-militar vietnamita durante más de 30 años de guerra, sucesivamente contra Japón, Francia y Estados Unidos.

El cadáver de Pinochet, en lugar de recorrer las calles hacia el cementerio mezclado con los civiles, se fue a un patio cerrado y partió hacia el cielo en un helicóptero, un Puma, emitiendo aquel rugido que a muchos sólo recuerda las noches de terror que siguieron al 11 de septiembre de 1973.

Mirando la escena, me vino a la cabeza aquella del último helicóptero abandonando en fuga la embajada norteamericana en Vietnam, en 1975. Atrás quedaron el caballo sin jinete, el suboficial chico y gordo que trataba de acompañar el féretro, el furioso comandante en jefe, la ofendida ministra Blanlot, la herida siempre abierta de Chile. Una verdadera fuga al más allá. LN



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 